

—¿Se siente usted peor, Lucita? Apóyese en mi brazo, se lo ruego; como en el de un hermano, como en el de un padre... ¡Cómo siento haberle causado este gran daño!

—Yo lo celebro—susurra débilmente la generosa niña.—Porque se ha evitado uno mucho mayor. .

Y se apoya en el brazo del que tanto le ha herido en su amor naciente de mujer y en su afecto de hija, y luego reclina dulcemente también su cabecita, ya medio desvanecida por la fiebre, sobre el pecho varonil...

Van acercándose a la «Bienlabrada». La luna hace tímidamente su aparición entre los celajes del nublado. De pronto, la figura de un hombre se les pone delante y les interpela con imperiosa voz:

—¿Quién va ahí? ¿Quiénes son los caminantes?

Es la voz severa, impaciente, de don Javier Heredia. Luciano Herreros se estremece ante el grave conflicto que se avecina y trata de cubrir aún más a Lucita. Nada responde; pero su interpelante, que le ha reconocido, dice con acento en donde vibra la tempestad:

—¡Ah! ¿Es usted, Herreros? ¿Quién le acompaña?

La última pregunta suena cortada, rápida y fulgurante, como el relámpago que precede a la chispa destructora. El médico intenta la defensa.

—Perdóneme, don Javier, y serénese. Ya hablaremos...

—¿Quién le acompaña, Herreros? Manifiéstelo, o no respondo de mí—y alza la mano diestra, armada de un revólver.

—¡Yo, papá; yo soy la culpable; disculpa a Herreros!—grita en arranque heroico la enfermita, hurtándose al escudo defensivo del médico.

—¿Pero eres tú... la infiel? ¿Tú, a quien yo creía un ángel desgraciado, pero pleno del candor y de la pureza de los ángeles?

—Sí, papá; yo soy la culpable. ¡Perdóname!

—Bien, desgraciada; sígueme. Y en cuanto a usted, Herreros, ya hablaremos, ya me dará cumplida cuenta de este inculcable abuso de confianza, como médico y como hombre.

Mientras van alejándose padre e hija, la tos desgarrada de Lucita suena en la noche como un queja punzante y dolorida.

Luciano Herreros, mudo y absorto ante la grandiosidad del sacrificio llevado a cabo por la nena, cree distinguir sobre la figura de ésta un leve y áureo fulgor, como una aureola de santidad...

EMILIO CORNEJO CAMINERO.

CATALAN Joyería, Relojería y Platería
INMENSO SURTIDO

Pi y Margall, 6, Valdepeñas